





nada en especial, excepto quijada que quiere decir la mandíbula del caballo. Puede que de allí derive probablemente el término quijote que sí tiene un sentido reconocido, el de armadura que cubre las ancas del caballo. Significado irrisorio que valoriza la grupa cuando en realidad, para un caballero, sería esperable un nombre que evocase las partes nobles del animal (la cabeza o el pecho, por ejemplo). Más aún, el sufijo aumentativo -ote no sólo tiende a ennoblecerlo de un modo divertido. Por lo tanto hasta en el nombre don Quijote, se percibe el efecto balancín que lo hace oscilar permanentemente entre la trivialidad de la condición humana y su deseo de escaparse de ella, de elevarse, al precio de acciones tan nobles como vanas. Más adelante, quijada es un término especialmente equino, y quijote tiene consonancias caballerescas, dado que se refiere a un elemento que protegía al animal en previsión de un combate o de un torneo. Del interior mismo del nombre don Quijote, caballo y caballero surgen instantáneamente de sí mismos: existen, se expresan y se imprimen sencillamente para nosotros -y no cesan de galopar en nuestro espíritu.

Muchos trabajos de historiadores se han interesado en el último medio siglo en el status social del noble hidalgo de la Mancha. Durante el reinado de Felipe II (1558-1598), hacía ya alrededor de un siglo que los nobles no tenían ya la oportunidad de lucirse en actos de caballería, el ejército se hallaba casi exclusivamente conformado por militares profesionales. El hidalgo se hallaba en el peldaño más bajo de la nobleza y si además se tiene en cuenta que el lugar donde él vivía era no solamente rural sino uno de los más remotos de España, Don Quijote se hallaba en lo más bajo de la escala de hidalgos.

Esta clase social desocupada se conformaba con defender su status frente a una burguesía en plena expansión, que amenazaba con quedarse con todos sus bienes al menor paso en falso, a la menor falta de pago, y con mantener las llamas vacilantes de la gloria de sus antepasados -con la única ventaja de poseer algunas tierras, de ser eximida de impuestos y de no tener que alojar, alimentar ni lavarles la ropa a los militares en tránsito. De ahí a ser considerada como una clase parásita, no hay más que un paso rápidamente franqueado por posaderos, fuerzas del orden, clérigos, pastores, campesinos y otros burgueses que Cervantes pone en escena con un sentido picaresco y fuera de lo común. En el caso de Quijada, Quesada o Quijana uno se sorprende por la extrema benevolencia que con relación a él tienen sus conciudadanos. Sin duda el hecho de que un hidalgo fuera una rara avis en esta comarca perdida lo hacía simpático a los ojos de la mayoría y por añadidura le decían 'bueno' como prueba de integración. ¿Por qué entonces no se contentó con ser sensato, reservando sus momen-

tos de locura, sus sueños de hazañas caballerescas, a sus largas veladas librescas?

Con un poco más de subsidios y de reconocimiento por parte de sus pares (pero hubiera sido necesario vivir en un lugar cuyo nombre la gente fuese feliz recordarlo, podría haberlos encarnado en los torneos tan de moda en esa época, en las justas en las que los hidalgos jugaban de caballeros. Pero el que el bueno de Quijana convertido en Don Quijote se tome en serio, al pie de la letra, un papel que ya hacía demasiado tiempo había caducado, basado en la fidelidad a un ideal de amor y de justicia, resulta absolutamente aberrante, ridículo. Sin buscarlo, sin saberlo, con la perseverancia de los justos, Don Quijote se convirtió para todos para siempre en un signo de contradicción. El libro que narra sus aventuras no habría tenido un éxito tan inmediato en España, por lo demás, si no hubiera reflejado el signo de contradicción que llevaban entonces los lectores en sí mismos.

Cuando apareció la primera parte de Don Quijote en 1605, Felipe II hacía ocho años que había muerto y lo había sucedido su hijo Felipe III. El final del reinado del primero y los comienzos del reinado del segundo estuvieron signados por derrotas militares frente a Inglaterra y Francia que debieron desmoralizar al país. El exilio masivo de muchos colonos hacia América había ya desangrado al Reino; el armamento la Armada Invencible lo había llevado a la bancarrota. Se agregaba a esto, como lo subraya Francisco Rico y después de Américo Castro, una dejadez generalizada a la que sólo podrían remediar, para muchos, reformas y restauraciones -un radical 'regreso atrás' que alimentaba la lectura de novelas de caballería, comúnmente compartida. Era legítimo pensar, entonces, que volvía la hora de los hidalgos. El genio de Cervantes fue el explotar a fondo esa alternativa.

Porque no estaba tan lejos el tiempo en que la guerra formaba parte del hombre español: era su fuerza centrífuga que se propagaba al resto de la sociedad. Lo definía y lo dinamizaba. Ocho siglos de Reconquista (del siglo VIII al XV) no habían podido sino modelar generaciones cuya figura más destacada -guía y a la vez héroe en potencia- era el probo caballero Rodrigo Díaz, llamado el Cid (¿1050?-1099) prototipo de hidalgo rural de oscura prosapia, que se eleva irresistiblemente en la jerarquía gracias a su sin igual bravura en el combate. A tal punto que el Rey Alfonso VI lo nombra comandante en jefe de su ejército y le concede a su hija Ximena por esposa. Su fidelidad al rey corre pareja con la devoción por su dama y por la Virgen María a la que se confía en los momentos cruciales de los combates. Sin embargo el rey por erradas razones lo condena, prefiriendo a otros caballeros interesados y bribones. La grandeza del Cid es la de, aún envejeciendo, permanecer fiel, contra

todo y contra todos, a la palabra dada al rey, cuando el rey no quiere reconocer su error y ve a sus caballeros traicionarlo unos después de otros. Y hará falta la intervención del Papa para que el rey tome conciencia plena de las virtudes del Cid y lo rehabilite. Las canciones de gesta (escritas entre 1200 y 1300) contando esta historia, hacen de él la imagen de un santo<sup>2</sup> con esa forma de santidad que los españoles católicos tomaron -caso único en Europa- de los musulmanes, sentido que éstos habían ido perdiendo poco a poco luego de las invasiones del siglo VIII... En efecto matar a los infieles o ser matado por ellos, en nombre de Santiago, aseguraba la vida eterna. Provistos de todas las cualidades y de todas las bendiciones -como los santos de la Leyenda dorada- héroes como el Cid (Amadís de Gaula, Belianis de Grecia, etc.) servirán de modelos a otros caballeros que de extraordinarios se convirtieron rápidamente en extravagantes, como testimonia Don Quijote, que por una vez muestra una asombrosa lucidez con relación a sí mismo: "Y en una de las cosas en que más este caballero mostró su prudencia, valor, valentía, sufrimiento, firmeza y amor, fue cuando se retiró, desdeñado de la señora Oriana, a hacer penitencia en la Peña Pobre, mudado su nombre en el de Beltenebros, nombre por cierto significativo y propio para la vida que él de su voluntad había escogido. Así que me es a mí más fácil imitarle en esto que no en hender gigantes, descabezar serpientes, matar endriagos, desbaratar ejércitos, fracasar armadas y deshacer encantamientos. Y pues estos lugares son tan acomodados para semejantes efectos, no hay para qué se deje pasar la ocasión que ahora con tanta comodidad me ofrece sus guedejas" (l. 25).

La inclinación de Don Quijote a ver enemigos por todas partes, el carácter reflexivo de su espíritu belicoso, aparecen como un espejo ligeramente amplificador de la idiosincrasia española<sup>3</sup>. Que el descubrimiento de América haya tenido lugar el mismo año de la toma de Granada (1492) no se debía para los españoles más que a una simple coincidencia: no hizo más que probarles, por si hubiera sido necesario, lo bien fundamentado del carácter 'inspirado' de sus conquistas -a pesar de las oleadas de sangre que corrieron- dado que en el mismo momento, mediante el juego de diferentes alianzas se

2 La verdad es diferente. Luego de haber contado al principio con los favores del rey, gracias a su coraje en el combate (al punto de casarlo con la infanta), el Cid fue desterrado varias veces por el rey que le reprochaba culpables imprudencias. Él ofreció entonces sus servicios al rey musulmán de Zaragoza: se apropió más tarde por su cuenta de Valencia y se convirtió en príncipe.

3 En otros países occidentales, si bien el carácter belicoso puede llegar a ser, en ciertas épocas, fuerte no es tan constante como en España. El modelo de hombre probó en Francia, por ejemplo, no es uniformemente el caballero o el guerrero.

encontraron a la cabeza de un imperio sin equivalentes, sin precedentes, ni reemplazantes, "un imperio donde nunca se ponía el sol" y que se extendía desde América al Japón, pasando por buena parte de Europa occidental... Después de Granada, los españoles no pedían sino volver a partir hacia América. No es que se creyeran todopoderosos, pero se apoyaban en lo que, con empecinamiento, les habían transmitido sus ancestros y sus abuelos: la exaltación de la personalidad. Entendiéndose por esto una enorme capacidad para imponerse y para darse al otro, a fiarse siempre de su primer impulso. De allí viene esta gran fuerza de convicción de los españoles, que tienden a ubicar su intuición por encima de cualquier otra idea. De allí viene también que el razonamiento a menudo les sirve de apoyo para justificar a posteriori actos peligrosos, impulsivos, extravagantes -razonamiento que, según la intensidad de sus actos, se transforma en argucia o raciocinio de pánico. Don Quijote no se hace rogar para usar y abusar de éstos, y es seguro uno de los rasgos más geniales, más cómicos, del libro el ver a nuestro hidalgo argumentar infaliblemente a contratiempo, errar sin debilitarse al borde de ese precipicio desde donde no se perciben demasiado los movimientos inconscientes, incontrolables, que entran en cada una de nuestras decisiones. Esto se ve por ejemplo en la manera que tiene don Quijote de atribuir sistemáticamente simples fenómenos naturales a las imperiosas voluntades de personajes más o menos legendarios.

Tal desfachatez revela implícitamente un punto capital: los españoles fueron incapaces de canalizar sus energías fuera del conocimiento de las profundidades humanas. A ello estaban obligados por las guerras incessantes a las que estaban destinados, pero en el siglo XVI, en tiempos relativamente pacíficos en los que eran dueños del mundo, los españoles hubieran podido dedicarse a las ciencias básicas (matemáticas, física) o aplicadas (al servicio de la agricultura, de la pesca o de la economía). Les hubiera bastado continuar con las investigaciones que los árabes habían iniciado en esas materias. Pero la aplastante mayoría los tenía sin cuidado. John H. Elliot menciona por ejemplo que Jerónimo de Ceballos, alcalde de Toledo, uno de los asesores más escuchados por Felipe II, propuso detalladamente crear un banco nacional con el objeto de poder reunir suficientes recursos para que España pudiera dedicar sus fuerzas no para evitar la bancarrota que la amenazaba sino para liberar a Jerusalén del yugo otomano.

En ese mismo estado de ánimo aparecían por primera vez aliadas la sicología y la fisiología (Huarte); los innumerables místicos continuaban sondeando de de parte a parte los arcanos de la interioridad humana (Ignacio de Loyola, Teresa de Avila, fray Luis de León, Juan de la Cruz etc.): la escuela teológica de Salamanca

argumentaba genialmente sobre todo tipo de caso en materia moral (Molina, Victoria, Suárez, etc.); una retahíla de poetas extraía de los pozos los más profundos pensamientos del pueblo engastados en métricas infinitamente complejas (Lope de Vega, Quevedo, Góngora, etc.); siguiendo la misma lógica, los dramaturgos llevaban a escena los lugares comunes modelados por España a lo largo de los siglos, con el objeto de ponerlos a prueba (otra vez Lope de Vega, Calderón de la Barca, Tirso de Molina, etc.); los pintores y los escultores se concentraban en las dimensiones contemplativas y meditativas, incluso extáticas, del hombre (El Greco, Velázquez, Zurbarán, Montañés, etc.); los músicos en un fondo de canto gregoriano de una potencia inaudita, trataban de dejar penetrar, como surgidas de la nada, voces aisladas de una gran limpidez (Morales, Guerrero, Victoria, etc.).

Este radical antropocentrismo, se presiente, va de la mano con una radical abnegación, que se impuso a cada cual en esta época y cuyo ejemplo más impactante fue la abdicación de Carlos V (1556), para entrar en un convento tres años antes de su muerte. Es imposible dejar de escuchar los múltiples ecos de esta abdicación en las numerosas abnegaciones que experimenta el Quijote hasta que viva su propia abdicación: su regreso a la aldea natal, seguida de cerca por una muerte simple y emotiva. Abnegación para salir a los caminos a enderezar entuertos; abnegación para soportar toda clase de humillaciones en nombre de la dama de sus pensamientos; abnegación que roza con la abdicación<sup>4</sup> ante la imposibilidad de hacer perdurar el ideal caballeresco en este mundo y que el mismo Quijote resume al final de la segunda parte: “Yo Sancho nací para vivir muriendo y tú para vivir comiendo; y porque que veas que te digo verdad en esto considérame impreso en historias, famoso en las armas, comedido en mis acciones, respetado de príncipes, solicitado de doncellas: al cabo, al cabo, cuando esperaba palmas, triunfos y coronas, granjeadas y merecidas por mis valerosas hazañas, me he visto esta mañana pisado y acoceado y molido de los pies de animales inmundos y soeces” (II. 59).

Más que abnegación o abdicación, esta confe-

4 Esta abnegación-abdicación tiene sin embargo una cara menos noble, que a veces se transparenta en Sancho y especialmente en personajes tan groseros que se encuentran a lo largo de todo el libro: el “seguidismo” que ha provocado tantos estragos en la historia española.

sión parece competer mucho más a la negación de sí, tal como la vivieron y la profesaron los místicos, especialmente Teresa de Avila y Juan de la Cruz. Ninguna línea de la primera en la que, como de mala gana, no sea exaltada su personalidad y en la que, al mismo tiempo, por su santísima voluntad, no sea negada. Ni una línea del segundo, en la que, a sabiendas, no sea negada su personalidad y en la que en el mismo instante no sea exaltada por su sublime expresividad. Ambos glosaron por otra parte el mismo refrán popular: “Vivo sin vivir en mí/y en tan alta vida espero/que muero porque no muero”.

Pero la analogía queda ahí: la derelicción de don Quijote, las noches oscuras que atraviesa con la cabeza alta, no son consecuencia de una elección deliberada, de una vía de unión mística. No, nuestro hidalgo busca simplemente los honores, ganar su paraíso, como todo el que para lograrlo, actúa como un caballero en los momentos cruciales de su existencia. La palabra caballero había tomado, en efecto desde fines del siglo XV, el sentido de hombre de honor, de gentilhomme o dicho de otro modo como el ideal al que el hombre a secas debía aspirar. Nada sorprendente entonces es que el traductor español del primer best-seller de Erasmo, el *Enchiridion militis christiani* (1503), haya traducido *militis* (soldado) por caballero: Manual del caballero cristiano. Ese caballero al que Erasmo prodiga consejos, reglas, no tiene otros entuertos que enderezar que los suyos propios, con el objeto de socorrer al prójimo una vez purificado su corazón. De allí su invencible seguridad, su exaltada personalidad, forjada en un ascetismo ilustrado. Como escribió Marcel Bataillon en tal sentido: “El cristiano acostumbrado a la meditación de la Biblia caminará con una invulnerable armadura como ese caballero que Alberto Durero grabó con trazos precisos, radiante de fuerza y de fe, y que cabalga con su visera levantada, sin ver ni a la muerte ni al diablo a su lado”<sup>5</sup>.

El *Enchiridion* no formaba parte, seguramente, de la biblioteca de don Quijote, ni siquiera de la de Cervantes, aunque éste se haya formado en un universo intelectual en el que el erasmismo se hallaba ampliamente difundido. Pero las palabras conmovedoras de Sancho defendiendo a su amo hablan muy bien de cómo Erasmo -esa loca creencia, cueste lo que cueste, en la bondad del hombre- había sido interiorizado: “(Mi amo) no tiene nada de bellaco, antes tiene una alma como un

El *Enchiridion* no formaba parte, seguramente, de la biblioteca de don Quijote, ni siquiera de la de Cervantes, aunque éste se haya formado en un universo intelectual en el que el erasmismo se hallaba ampliamente difundido. Pero las palabras conmovedoras de Sancho defendiendo a su amo hablan muy bien de cómo Erasmo -esa loca creencia, cueste lo que cueste, en la bondad del hombre- había sido interiorizado: “(Mi amo) no tiene nada de bellaco, antes tiene una alma como un

5 *Érasme et l'Espagne*, t. I, Droz, 1990, p. 209.

cántaro: no sabe hacer mal a nadie, sino bien a todos, ni tiene malicia alguna, un niño le hará entender que es de noche en la mitad del día, y por esta sencillez le quiero como a las telas de mi corazón, y no me amaño a dejarle, por más disparates que haga" (II.13).

Nosotros tampoco.

